

LA ILUSTRACION

PERIÓDICO

UNIVERSAL



MADRID: Mes 6 rs.—Tres 16.—Seis 30.—Año 50.
Número suelto 2 rs.

Núm. 2.º TOMO I.—SABADO 10 DE MARZO DE 1849.
Madrid.

PROVINCIAS: Mes 8 rs.—Tres 20.—Seis 40.—Año 60.
ULTRAMAR Y ESTRANJERO: Año 80.

Historia de la Semana



OSQUEJAREMOS brevemente la situación de nuestro país en la semana última, aunque durante ella nada haya ocurrido que merezca llamar la atención. Las noticias de Cataluña se reducen á pintar á los facciosos corriendo de un punto á otro perseguidos por las tropas de la reina. Cometan escosos y tropelias; se presentan varios y se les capturan otros, es decir están en su estado normal. Sin embargo, el asesinato cometido por Cabrera en la persona del baron de Abella el día 23 á las cinco de la tarde en San Llorens de Piteux, de que nuestros lectores tendrán noticia, es digno de retenerle en la memoria.—El 24 quedó arreglado el telégrafo en Cervera, y por la noche se ensayó con faroles, comunicándose con los de Tárrega y la Panadella.—Las facciones en Navarra han desaparecido completamente.—Se asegura que la intervención armada en los asuntos de Roma está resuelta y se compondrá de 5,000 hombres al

mando del baron de Meer, teniendo por segundo al señor Figueras; por generales de division á los señores Lersundi y Oribe, y por jefe del Estado mayor al general Blasser. Hay quien dice tambien que nada se ha decidido sobre este particular, ni en caso afirmativo el general que la mandará.

El gobierno se ocupa entretanto de los presupuestos, dotacion del culto y clero, estincion de la guerra civil, y cuestion italiana; tendamos pues la vista á otros puntos, que, segun se encuentra la Europa en la actualidad, no dejará de llamarnos la atención poderosamente lo que de nuevo ocurra. Los asuntos de Italia se presentan bajo un aspecto grave y cada vez mas enmarañado; así daremos principio por ella; continuaremos con las demas naciones y haremos una breve reseña de las noticias mas interesantes.

ITALIA. En Florencia fué proclamada la república el 19 de febrero. El 18 lo fué tambien en Toscana y plantado el árbol de la libertad. El gobierno tomó el nombre de Junta provisional de la República romana en Toscana. Mazzini ha salido para Roma á fin de convenir las bases de la fusion. Se dice que el Gran Duque se dirige á Ucareggio para reunirse al general Laugier que tiene tropas fieles á sus órdenes, si bien la *Gaceta de Génova* anuncia que dicho general se habia retirado á *Pietra Santa* segun unos, ó que se ha refugiado al Piemonte segun otros por que las tropas le habian abandonado.

El gobierno de Toscana ha tomado medidas que demuestran la situacion critica en que se encuentra. Ha declarado que la patria está en peligro, y fuera de la ley al general Laugier, invitando á que todos tomen las armas.

Los austriacos ocuparon el 19 la ciudad de Ferrara, y aunque la han evacuado, ha sido segun se dice despues de haber renovado y reforzado la guarnicion de la ciudadela y haber percibido una parte de los escudos que impusieron por via de contribucion de guerra, llevándose en rehenes hasta el cobro total á seis personas entre las que se cuenta el arzobispo. Respecto á las demas exigencias de entregarles los asesinos de los tres soldados austriacos de los insultos hechos al cónsul de S. M. I., de haber proclamado la República; de que les cedieran la custodia de las puertas; desaparicion de las barricadas; manutencion de las tropas imperiales durante su permanencia en la ciudad; establecimiento de hospitales militares; indemnizacion al cónsul austriaco de 6,000 escudos romanos y restablecimiento de las armas pontificias, nada se dice; solo el *Risorgimento*, periódico de Turin, afirma que el gobierno austriaco habia hecho se restablecieran las armas pontificias.

El 21 por la noche hubo en Florencia una tentativa de reaccion, pero se ignoran los pormenores. Se dice que era cosa del gobierno para restablecer las penas corporales que se habian suprimido.

CERDEÑA. En la sesion de la Cámara de Diputado



PROCESION DE LA REPUBLICA EN ROMA.

del 24 de febrero, el ministro de Gracia y Justicia, después de la discusión de algunas actas, ocupó la tribuna para dar cuenta del cambio ocurrido en el ministerio por la salida de Gioberti, reemplazándole en la presidencia el general Chiodo, ministro de la Guerra, desempeñando interinamente la cartera de Negocios extranjeros.

El abate Vicente Gioberti entró en el salón; se sentó en los bancos de la derecha, y fué aplaudido por las tribunas que estaban muy concurridas. Los diputados permanecieron silenciosos.

El secretario de la comisión de mensaje, fué llamado por el presidente. Apenas se había dado fin á la lectura de esta, cuando Demetris interpelló á los ministros sobre el cambio de gabinete en momentos tan críticos y si era el motivo la orden de intervenir en los asuntos de Toscana. El ministro se negó á descender el velo que cubre estos asuntos, pero Lorenzo Valerio manifestó la necesidad absoluta de hablar con toda claridad, y el gobierno, después de haber escuchado los discursos de varios oradores, por medio del ministro de la Guerra, M. Chiodo, dijo que el Consejo de ministros nunca había pensado intervenir militarmente para reponer en el trono de los Médicis al Gran duque de Toscana. Cuando el ministro de Gracia y Justicia declaró por sí y en nombre de sus colegas que ni uno solo había consentido en la intervención de Toscana, hubo repetidísimos aplausos y numerosas voces de: «que se cierre la sesión.»

El señor Baralis, refiriéndose á los desórdenes ocurridos en la población en la tarde del 21, y violación de domicilio del diputado Brofferio, pidió que el gobierno adoptase medidas energéticas para reprimir tamaños excesos.

El ministro del Interior declaró que el gobierno estaba dispuesto á evitar semejantes desórdenes, que habían adoptado medidas oportunas, y que se había formado causa á los autores de dichos atropellos.

El Gran duque de Toscana se ha visto en la necesidad de abandonar sus Estados. El 23 llegó á Gaeta con su familia á bordo de un buque de vapor inglés. La tentativa del general Laugier, se frustró completamente habiendo tenido que refugiarse en el Piemonte, y Guerrazzi con las columnas patrióticas ocupó á Piedra Santa.

En la Asamblea romana del 18 se dió cuenta, á ruegos del diputado Bonaparte, de la última protesta de Su Santidad. La asamblea prorumpió en gritos de viva la república. Reiteró que el Papa gozaría completa libertad é independencia en sus funciones espirituales. Una de las decisiones tomadas, es la de que todos los caballos de S. S., y los de los guardias nobles, fuesen destinados al servicio de la artillería.

FRANCIA. El 24 se celebró en París la fiesta conmemorativa de la revolución de Febrero. Reunidos los representantes á las nueve en el salón de la presidencia, se pusieron en marcha á las nueve y media hacia la iglesia de la Magdalena, por el orden siguiente. Los ugiere, los mensajeros de Estado, el Presidente, los seis vicepresidentes, los tres cuestores y luego los representantes por hileras y de frente, llevando la escarapela y el lazo. Iban acompañados de la guardia nacional, algunos escuadrones de caballería y la guardia republicana. La multitud durante su tránsito gritaba continuamente: Viva Napoleón! viva la República!

El servicio divino principió á las diez. Se ejecutaron y cantaron la marcha fúnebre de Beethoven: el *Dies ira* de Cherubini: la *Lacrymosa* de Mozart, y el *De profundis* en canto llano, consagrado por la más antigua liturgia católica romana.

Después de los cantos fúnebres, se entonó el *Te Deum* y el himno á Sta. Genoveva, *Urbi beata*, de Lesueur.

El *Domine salvam fac Republicam* fué espresamente instrumentado por Auber.

Mientras la ceremonia, la banda militar ejecutaba delante de la columna de Julio marchas fúnebres. Se oyeron por todas partes los gritos de viva la República, cuando el presidente de ella acompañado del clero, subió á su coche y se concluyó la ceremonia con toda tranquilidad, regresando los representantes al palacio legislativo, en el mismo orden que habían salido.

Nada ha ocurrido en París después de celebrada esta ceremonia, pero en los Departamentos, con especialidad en los del Mediodía, ha habido novedades dignas de referirse: en Tolosa, Narbona, Auch y otros puntos, los partidarios de la bandera roja han cometido varios excesos. No ha sido respetada la autoridad en todas partes, con especialidad al principio, mas el gobierno se ha manifestado inflexible destituyendo á los que no han sabido ó no han querido cumplir con su deber.

Los fondos bajaron considerablemente el 27, pero al día siguiente volvieron á subir.

La Asamblea francesa concluyó el 28 la discusión electoral. Se creyó interpellasen al gobierno sobre la entrada de los austriacos en Ferrara, pero éste se adelantó á comunicar su evacuación.

En Guadalupe (posesiones francesas) ha habido graves desórdenes á causa de las elecciones para la presidencia de la República. Pero se logró restablecer el orden por la energía del gobernador.

INGLATERRA. La sesión que se celebró el 23 de febrero en la Cámara de los Comunes, fué relativa al juramento de los católicos. En el Parlamento se entregó el presupuesto del ejército sin grandes reducciones.

La Cámara de los Comunes desechó en su sesión del 27, por 275 votos contra 78, la moción de M. Cobden relativa á grandes y económicas reformas que quería introducir en el presupuesto de gastos.

Según el *Morning Herald* de Londres de 1.º del corriente, el estado de varios pueblos de Irlanda es lastimoso. La miseria, el hambre y el cólera son los elementos que reinan en aquel país, y llega á tanto que se dejan encerrar únicamente para que los mantengan: y no se crea que son solas las personas del pueblo las que esto ejecutan, sino que también las hay medianamente acomodadas que no encuentran quien cultive sus tierras.

AUSTRIA. El Feld mariscal ha tomado tan acertadas disposiciones que una comisión de personas respetables le han felicitado de ello. Dicen, se sabe de positivo que

fuerzas respetables del interior de Rusia se han puesto en movimiento hacia la Galliticia, y los principados de Moldavia y Valaquia, haciendo subir su número á 70 ó 80,000 hombres con 125 piezas de artillería, á las órdenes del general Freitag.

No hay duda que los rusos han entrado en Transilvania: la *Gaceta de Viena* lo anuncia oficialmente y añade que en Kronstadt habían entrado 6,000 hombres, y en Hermannstadt 4,000. Asegura el gobierno no ha tenido parte en este movimiento de tropas y que solo se ha verificado á petición del general Puchner para que Bem no devastara el país.

El boletín del ejército imperial del 20 publica que el general Bem había sido derrotado en dos encuentros, habiendo tenido muchos muertos, cogido 800 prisioneros, 23 piezas de artillería, municiones y varios efectos de guerra. El general Bem en su retirada cortó cuantos puentes encontraba, para librarse de caer en manos del general Puchner. Hay quien dice que herido de una bala de cañón le hicieron prisionero.

El gabinete de Viena ha escitado al prusiano, según asegura una carta de Francfort, á disolver la Asamblea nacional y reunir con este fin 40,000 hombres al rededor de Viena.

PRUSIA. El gobierno toma las medidas conducentes para la reorganización de la Milicia urbana, pero circula una petición firmada por muchos sujetos para que no se lleve á efecto. Ha celebrado un tratado con los tres Duques de Aukalt por el cual las tropas ducales formarán parte del ejército prusiano: otros Estados seguirán este ejemplo. Las últimas noticias del ejército ruso son de que se dirige á la frontera occidental. La guardia imperial que no abandona San Petersburgo sino en circunstancias muy graves, ha llegado á Wilna. La Polonia sigue tranquila.

El Consejo de ministros discute el discurso del trono para presentarlo á las Cámaras: será redactado en sentido conciliador á la par que enérgico contra la posición de Austria en sus relaciones con el resto de Alemania.

Se aseguraba el 26 en Berlín que el gabinete ruso había dirigido á sus agentes diplomáticos en el extranjero una nota circular, declarando no consentirá la menor alteración en los tratados de Viena sin su anuencia y consentimiento, siendo un *casus belli* para la Rusia.

La Cámara de los diputados prusianos celebró el 27 su primera sesión. El presidente manifestó que el pueblo había recibido con entusiasmo la Constitución; un diputado de la izquierda le respondió que el hecho no era exacto por lo que hacía á la parte de pueblo que él y sus compañeros representaban.

Bien pudo conocer el rey al presentarse á la apertura de las Cámaras, que entre las gentes bulliciosas domina el espíritu democrático.

MARRUECOS. Por cartas de Gibraltar se sabe que se ha verificado un arreglo entre Marruecos é Inglaterra. El emperador no quería ceder, pero al saber que los habitantes de Tanger preferían entregar la ciudad á los ingleses antes que sufrir un bombardeo, cambió de resolución y dió orden al consul de Gibraltar, Sidi Mohammed Angini de terminar el negocio con prontitud y sin intervención de M. Nay. El gobierno inglés ha hecho que se indemnicen á su súbdito M. Redman 17,550 pesos fuertes que era su reclamación.

Finalmente la Inglaterra y Borneo han celebrado un tratado que contiene 12 capítulos aunque no se han publicado sino 10, reducidos todos á estrechar amistad y buena inteligencia para siempre y conservar la paz entre las dos potencias.

Sucesos Contemporáneos.

Procesion de los diputados de la Asamblea Constituyente en Roma.

En el número anterior anunciamos brevemente la apertura de la Asamblea constituyente de Roma. Instruidos ahora de los pormenores de que entonces carecíamos, podemos presentar á nuestros lectores una pintura del espectáculo escénico de la procesion de diputados, es decir, de la ceremonia mas sorprendente que en las calles de Roma se ha presentado de tres años á esta parte. La Asamblea nacional después de haber practicado actos de piedad en la capilla de *Ara Cœli* del Capitolio, siguió adelante: todos los miembros iban adornados con la bandera tricolor italiana, y se encaminaron hacia el palacio del Senado. Puede asegurarse que había en el camino por donde la procesion debía de pasar, setenta mil espectadores; y la comitiva que honraba y prestaba su apoyo á los nuevos depositarios del supremo poder, inclusa la guarnición, los magistrados, varios oficiales públicos y de la guardia cívica formaban una masa móvil de casi veinte mil hombres, que tardó dos horas en atravesar el Corso.

Por la noche presentó la ciudad un aspecto agradable y lleno de regocijo, viéndose el Capitolio brillantemente iluminado.

Al anochecer del día de la proclamación de la República hubo una procesion con hachas encendidas por las calles de Roma, formando hileras de hombres, vistiendo los primeros el traje de ciudadanos, y gorros de la libertad; llevando uno de ellos la bandera tricolor y otros antorchas encendidas, y seguidos de una multitud de pueblo. La primera hilera se supone iba pagada para anunciar la demostración republicana.

Confirmadas las noticias de la *Ciudad eterna* relativas á la destitución del poder temporal del Papa, creemos cumple á nuestro deber de cronistas consignar con algunos detalles este suceso de tan inmensa trascendencia.

En la sesión de la Asamblea constituyente celebrada en la tarde del 8 de febrero, M. Savini presentó el siguiente decreto para el establecimiento de la República.

Artículo 1.º El Papa queda privado *facto et jure* del poder temporal de los Estados romanos.

2.º El Pontífice romano tendrá cuantas garantías sean necesarias para el ejercicio del poder espiritual.

3.º El gobierno de los Estados romanos es democrático y toma el nombre de República romana.

4.º La República romana mantendrá con el resto de la Italia, las debidas relaciones de comun nacionalidad.

Mamiani sancionó la proposición de que el dominio temporal del Papa había sido, en todos tiempos gravoso para la Italia, pero añadió que en la actual situación de Europa era imposible establecer la República en Italia; y que á su parecer, debía dejarse esta cuestión á la deliberación de la Asamblea constituyente. Este discurso fué impugnado con calor, y por último la Asamblea decretó por una mayoría de 136 votos de los 144 que la componían, la caída del Papa; y por 120 la constitución de la República. A las dos de la tarde del día 9 la bandera republicana fué enarbolada en la torre del Capitolio, y saludada por 401 cañonazos, disparados del castillo de Sant-Angelo. En el mismo día la Asamblea votó el siguiente decreto:

Art. 1.º Hasta que sea decretada y sancionada la constitución de la República romana, gobernará el Estado la asamblea constituyente por una comisión ejecutiva.

2.º Esta comisión se compondrá de tres italianos que serán responsables, y sujetos á renovación, según la voluntad de la asamblea.

3.º Son miembros de dicha comisión los ciudadanos Armellini por 139 votos, Salicetti por 114, y Matias Mantecchi por 85.

Por unanimidad, fué votada una manifestación al pueblo toscano, congratulándole por haber hecho una revolución semejante á la de Roma.

En el día 11 se decretó un *Te Deum* en San Pedro, pero habiéndose negado el clero á officiar, un capellán de ejército hizo sus veces acompañado de soldados con hachas, y asistiendo los representantes del pueblo.

Por un decreto del 10, los colores verde, encarnado y blanco han sido adoptados para el ejército de la República romana.

El nombre del Papa queda suprimido en todos los documentos públicos y sentencias judiciales, sustituyendo en lugar suyo el de la República.

Cronica Científica

HIDROTERAPIA, Ó TRATAMIENTO POR EL AGUA FRÍA.

Damos el artículo que á continuación estampamos únicamente como un documento curioso para la ciencia, sin tomar parte por ninguna opinión médica, ni formar tampoco juicio alguno comparativo entre los sistemas. En general seremos el eco imparcial de todas las teorías científicas que tengan un fin filantrópico.

El empleo del agua fría en medicina no es de suerte alguna nuevo; todos los médicos saben que fué aconsejado por Hipócrates, Celso, Galeno, Avicena, Rondelet, Flomer, Hecquet, Smith, Federico Hoffenag, Pommé, Currie, Giannini, etc., etc., que lo han preconizado en una porción de enfermedades del resorte de la medicina propiamente dicha. Contra ciertas afecciones quirúrgicas, y sobretodo para cerrar las heridas causadas por armas de fuego, ha sido recomendado el uso del agua fría por Guy de Chauliac, Ambrosio Pare, Gabriel Fallope, Felipe Polazzo, Laurent, Joubert, Francisco Martel, Lamorier, Jancassini, Marco Antonio Caldani, Thédén, Danter, Lombard, Percy; absténgome de intento de hacer relación de los autores vivos; paréceme sí que á esta larga serie de nombres, bajo el aspecto histórico, es bastante curioso añadir el de *Antonius Musa*, cuyo método hidropático fué exclusivo por algun tiempo en Roma, en el reinado de Augusto. Este médico, que había salvado al emperador por medio de baños fríos, llegó á conseguir que los romanos todos de su tiempo recurrieran á su tratamiento. Entre los historiadores que nos han transmitido los detalles de este medicamento empírico, uno de los enfermos de Antonius Musa, el poeta Horacio, nos confiesa que él sometía sus enfermedades á baños helados, aun en lo riguroso del invierno:

Gelida.... perluor unda

Per medium frigus.

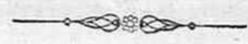
(HOR., *Epist.* L. I, *épitr.* xv. v. 4-5.)

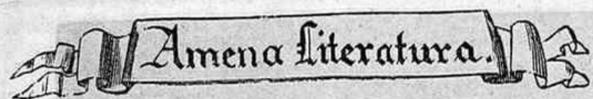
Pero perdió, poco tiempo después, todo su crédito, cuando, con el empleo de los mismos medios, mató al joven Marcellus.

Háse recurrido á este agente terapéutico bajo todas las formas, con todas las temperaturas y en todo género de dosis: en bebidas, lociones, aplicaciones tópicas, irrigaciones, aspersiones, afusiones, baños ordinarios, baños de vapor, baños rusos, baños de sorpresa; desde la temperatura del hielo hasta la de la ebullición; desde la dosis de algunos vasos hasta la de cincuenta en el espacio de pocas horas.

Quizás no existe enfermedad con la que no se haya ensayado: las afecciones cerebrales, las erisipelas, la gota, el reumatismo, el sarampion, la escarlatina, las viruelas, la peste, la fiebre amarilla, el cólera, el tifus, la epistaxis, la hemoptisis, la hematemesis, la metrorragia, las gastralgias, las enteralgias, y todas las demas afecciones asténicas, el cáncer, las quemaduras.

Finalmente, hace mucho tiempo que las reglas que deben presidir en el empleo de la hidroterapia, las circunstancias que la son contrarias, las condiciones que la favorecen, los diversos cambios que puede ofrecer según los casos, las edades, los sexos y las temperaturas, todo, todo ha sido marcado, previsto, calculado, guiándose por las luces de la fisiología y las lecciones de una larga experiencia.





CHATEAUBRIAND.

Francisco Augusto, vizconde de Chateaubriand, nació en 1768, en aquella época tan fecunda en grandes hombres que dió al mundo á Napoleon, Soult, Wellington, Canning y Walter-Scott. Criado en el castillo de Combourg, cerca de Saint-Malo, sin duda recorriendo los áridos arenales y las tristes costas de la antigua Armorica, fué cuando sintió el joven Chateaubriand desenvolverse en él esa inclinación á la meditación y á la soledad que no le abandonó nunca, ya se viese arrastrado por el torbellino de los negocios, ó en medio de las mayores preocupaciones de la vida política. Destinado en un principio á la marina y después á la Iglesia, comenzó en el colegio de Dol y terminó en Rennes estudios profundos y elementales que, sin alterar la sensibilidad exquisita y la espontaneidad de imaginación que constituyen los principales caracteres de su ingenio, le pusieron al propio tiempo en estado de publicar serios trabajos de crítica histórica á una edad en que apenas se tienen acerca de la vida y de la organización de las sociedades mas que nociones vagas y confusas. En el año de 1787 fué en el que por vez primera llegó Chateaubriand á París. Era á la sazón subteniente de infantería del regimiento de Navarra; pero como para ocupar un asiento en los carruajes del rey, honor á que le daba derecho á aspirar la antigüedad de su familia, era preciso justificar por lo menos el grado de capitán, obtuvo por medio de una ficción, bastante común en aquella época, el despacho de capitán de caballería, lo que no estorbaba para que hiciese su servicio de subteniente en el cuerpo de infantería á que pertenecía. Sin embargo de esto, las grandezas y pompas de Versalles no eran bastantes á satisfacer la vaga inquietud y el afán por lo desconocido que atormentaban su alma; faltábanle aventuras sobrenaturales que emprender, un objeto extraordinario que conseguir; objeto que al fin creyó haber encontrado. Un día, examinando una carta geográfica del Nuevo Mundo, ocurrióle la idea de la posibilidad de descubrir el paso del polo Norte. Desde aquel momento no hubo para él sueño ni descanso. Como Colon, anduvo de puerta en puerta solicitando medios para realizar la idea que había concebido, y como Colon también tuvo que soportar la indiferencia de los unos, la mofa de los otros; y sin embargo, aquel problema que se miraba como insoluble, fué resuelto algunos años después. A haber obrado de otra suerte, el gobierno de Luis XVI, en una cuestión que interesaba á la vez á la política, á las ciencias y al comercio, quizá en lugar del nombre de Mackensie llevaría el de Chateaubriand el paso del polo Norte. Pero como quiera que fuese, el joven subteniente, á quien ni sonrisas ni negativas habían desalentado, resolvió acometer por sí solo su gigantesco proyecto, y en la primavera del año de 1791 se embarcó para América, llevando por todo equipaje sus esperanzas y una carta de recomendación para Washington. Imbuído aún en las ideas del Antiguo-Mundo, representábase Chateaubriand el presidente de los Estados-Unidos como un rey poderoso en medio de su corte, rodeado de guardias y de chambelanes en un palacio de oro y mármol; pero cuál no fué su asombro cuando después de haber llamado á la puerta de una casa, en la apariencia mas que modesta, de un *Cottage* (1) que se avergonzaba de habitar el último getleman de la cámara de los Comunes, un criado, un simple criado vino á abrirle y le introdujo sin mas ceremonias á presencia del general. Washington recibió al viajero con cordialidad y natural bondad; pero asustado por los peligros á que se iba á esponer el noble breton, se esforzó también en hacerle desistir de su empresa. Chateaubriand permaneció inmutable. Inmediatamente después de esta entrevista, se proveyó de un guía y se internó por aquellos espaciosos campos; imaginándose, según lo dijo él mismo, que se dirigía en línea recta al polo del Norte como se va desde París á Saint-Cloud. Llegó por fin á lo último de lo poblado, y su alegría fué inmensa cuando se encontró al frente de aquellos sombríos y misteriosos bosques del Nuevo Mundo en los cuales no había resonado aún ningún paso humano. Así describe él mismo las sensaciones que experimentó su alma en aquel primer momento de turbación y de asombro: «Iba de árbol en árbol, de derecha á izquierda indiferentemente, diciéndome á mí mismo: Aquí ya no existen caminos á que sujetarse, ni pueblos, ni viviendas estrechas, ni presidentes, ni repúblicas, ni reyes. Y para ver si positivamente me hallaba restablecido en mis derechos primitivos, me entregaba á mil actos caprichosos que hacían se exasperase el hérculeo Holandés que me acompañaba, y el cual, en su interior, me juzgaba loco.»

Aparte de esto, buscaba el joven aventurero con la vista una de esas poblaciones indias en donde debía hallar infaliblemente hombres en su estado natural, trajes salvajes, costumbres primitivas. Bajo este aspecto, no fué dichoso con el primer encuentro que tuvo. Al cabo de algunos días de marcha, percibió en medio de un espeso bosque un *wig-wam*, desde el que se oían sonidos que, en semejante lugar, debieron parecerle por lo menos raros; prestó mayor atención, pero no había de qué admirarse: era conocidamente el aire de Madelont Fricquet, aserrado en un abominable violon de algun Stradivarius de Concarneau ó de Paimpol. Penetra el viajero en la choza, y allí en medio de un grupo de Iroqueses que saltaban como poseídos, vió á un anciano de corta estatura, empolvado y rizado á lo pájaro real, casaca verde manzana y chupa de droguete, que uniendo el ejemplo al precepto, enseñaba gravemente á los señores salvajes y á las señoras sus mitades, según las llamaba respetuosamente, el cotillon y el minué francés. Aquel vejete, que se llamaba Violet, era un antiguo marmiton del general Rochambeau, que, seducido también por los encantos de

la bella naturaleza, se había establecido en los bosques de la Delaware, dando, para subsistir, lecciones de baile, que le pagaban sus discípulos en pieles de castor y en jamones de oso.

Separóse nuestro aventurero sonriendo de aquel ente original, y volvió á emprender su camino á través de los bosques. No tardó en encontrar salvajes menos civilizados que los coreógrafos de M. Violet. Acogido con hospitalidad por las diversas hordas que visitó, asistió á sus consejos, á sus fiestas, á sus guerras, y reunió, durante su permanencia entre ellos, los preciosos documentos sobre que compuso algun tiempo después la *Atala*, el *René* y los *Natchez*. Sin embargo, estos estudios no le hacían perder de vista el proyecto que le había llevado á América, y se hallaba mas decidido que nunca á penetrar á través de las tierras, hasta el polo boreal, cuando el acaso mas extraordinario hizo que cayese un día entre sus manos un fragmento de un periódico francés en el que se hallaba relatada la huida de Luis XVI, su retención en Varennes y la formación al otro lado del Rhin del ejército de Condé. Al leer nuevas tan estrañas, creyó oír el joven breton el grito del honor que le llamaba en defensa del rey para quien había jurado vivir y morir; apresuróse por lo tanto á pasar otra vez los mares, y algunos meses después combatía como simple voluntario en las filas del ejército real y católico.

Herido de un disparo de obús al pié de los muros de Thionville, logró, después de crueles vicisitudes, pasar á Inglaterra, en donde en cambio de los peligros con que había luchado y de la sangre que había vertido, halló solo la miseria y los dolores todos del destierro. Allí fue donde, esperando la muerte, que, según las predicciones de todos los médicos, debía retardarse dos ó tres años á lo sumo, compuso y publicó el *Ensayo histórico, político y moral sobre las revoluciones antiguas y modernas, consideradas en sus relaciones con la revolución francesa*, libro singular, en el que se encuentran las asimilaciones mas raras é inesperadas, en el que, merced á un paralelo muchas veces violento, ingenioso y original siempre, se hallaba con asombro Robespierre en Pisistrato, Marat en Harmodius, J. J. Rousseau en Heraclito, Fox y Pitt en Hannon y Barca, Dumouriez en Milcíades.

Vuelto á Francia después del 18 de brumario, Chateaubriand fué con M. de Fontanes, su amigo y compañero de destierro, propietario del *Mercurio*, y publicó en aquel periódico el episodio de la *Atala*. La frescura de sus ideas, la grandeza de sus sentimientos, la armoniosa sencillez de su estilo, eran cosas nuevas en aquella época enteramente impregnada de la insípida y licenciosa literatura del Directorio. El éxito de aquel poema de cortas dimensiones, preparó dignamente al público para la inmensa sensación que debía producir bien pronto el *Genio del Cristianismo*. Es preciso advertir que nunca llegó mas á tiempo obra literaria alguna. La mano poderosa de Bonaparte había comprimido, sofocado las pasiones revolucionarias. Habíase sucedido el orden á la anarquía; por todas partes se abrían los templos á los fieles y se alzaban los altares de sus ruinas; la sociedad entera, fatigada del culto estéril de las divinidades alegóricas de la Convención, experimentaba verdaderamente la necesidad de entregarse á una creencia mas arida, mas poética; tornábase á la religión de sus padres, menos por convicción quizá que por despecho, no por amor hacia lo pasado, sino por cansancio de lo presente: pero, cualquiera que haya sido en definitiva el resultado de aquella fiebre religiosa que se apoderó de todos los ánimos, siempre resultaría que fue sincera y que se buscaba en las fiestas y en las pompas del catolicismo el olvido de las sangrientas orgías que tan frecuentemente habían acompañado á las solemnidades revolucionarias. Bonaparte se aprovechaba con maravillosa sagacidad de todo cuanto podía venir en ayuda de la política de comprensión que había adoptado; no se engañó sobre la importancia gubernativa del *Genio del Cristianismo*, y recompensó á su autor enviándole á Roma en calidad de secretario de embajada en el séquito del cardenal Fesch. En aquella época, en la ciudad eterna, en medio de las ruinas del Coliseo, pobladas aún por todas partes por las sombras de los mártires, fué donde el poeta cristiano soñó las angélicas imágenes de Cymodocea y de Eudocio, y donde concibió el proyecto de visitar la cuna del cristianismo, cuyos combates y triunfo quería cantar, é ir hasta la ciudad de las desolaciones á inspirarse ante la piedra de aquel sepulcro «el único que no tendrá que devolver nada en el fin de los siglos.»

Algun tiempo después de su vuelta de Roma, el vizconde de Chateaubriand, cuyo favor no había disminuido, fué nombrado embajador plenipotenciario en Valais. En aquella época, había tomado cierta consistencia en la voz pública un rumor esparcido y acreditado sin duda por los partidarios de la dinastía caída. Corría como muy válido, entre unos con esperanza y entre otros con terror poco desfigurado, que el Emperador se aprestaba á representar el papel de Monck y á reemplazar á los Borbones en el trono de San Luis y de Enrique IV. A Chateaubriand, cuya alma caballerosa se prestaba sin esfuerzo á la concepción de los sacrificios mas sublimes, había halagado mas quizá que á ningún otro la inmediata realización de aquel sueño. De súbito llegó una nueva terrible á París. El duque de Enghien, el último de los Condé, acababa de ser fusilado en lo profundo de la noche, en los fosos del castillo de Vincennes. ¿Quería acaso responder Napoleon con aquella sangrienta protesta á las imprudentes sugerencias de los realistas? Nadie sabe aún la postrera palabra de aquella siniestra tragedia. Sea como fuere, el partido de la emigración quedó consternado, y en el día mismo en que se supo tan fatal acontecimiento Chateaubriand, poseído de una generosa indignación, envió su dimisión al Emperador. Semejante acto de independencia, en una época en que la independencia era reputada como un crimen, lejos de irritar á Napoleon, no le inspiró sino la estimación mas profunda hacia el carácter del vizconde de Chateaubriand. Súplicas, promesas, seducciones de toda especie, nada se omitió para atraer segunda vez al noble breton cuyo nombre feudal resonaba también al lado del trono impe-

rial. Todo fué inútil. Chateaubriand se apresuró á terminar los preparativos de la peregrinación que meditaba hacia largo tiempo. Y poco después atravesaba los Alpes, recorría la Italia, que no había tenido espacio de estudiar en su primer viaje, y se embarcaba para Grecia. En las salvajes soledades de América, se había desprendido el poeta, como de un equipo importuno, de todas las ideas del antiguo mundo, para entregar mejor su alma á las fuertes impresiones de una naturaleza nueva y vigorosa, para percibir mejor esos murmullos religiosos del desierto que resuenan con tanta armonía en la sombra y el silencio de los bosques. En Grecia, al contrario, en la tierra sagrada de la poesía, de la libertad y de las artes, se dedicó á evocar por la poderosa magia del recuerdo, todas esas ilustres sombras, que hace dos mil años duermen en sus tumbas ignoradas. Tres veces, según la antigua costumbre, hizo resonar los ecos de las Termópilas con el gran nombre de Leonidas, y en sus escursiones piadosas á través de las ruinas de Atenas, subió á la tribuna desde donde conmovió á la multitud Demóstenes con su voz, de la propia suerte que á la mar el viento, y hacia brotar del suelo las nuevas generaciones de guerreros al nombre de los que habían muerto en *Marathon*. Separándose de aquellos campos desolados hoy día, fué el noble viajero á buscar en los desiertos, en otro tiempo poblados por las tribus de Israel, las huellas del hombre Dios, desde su nacimiento hasta su muerte, desde Belén hasta Gógotha. A través de las hordas salvajes de los Beduinos y de los bandoleros árabes, recorrió las cimas del Líbano y las orillas del mar Muerto, oró en el monte Olivet, humedeció sus abrasados labios en las aguas del Jordan, algunas de cuyas gotas, preciosamente conservadas, debían caer algun tiempo después sobre la frente del duque de Burdeos, y se prosternó por último sobre el sepulcro de Cristo, cuyos venerables guardianes le calzaron la espuela de oro de Godofredo de Bouillon, y le ofrecieron la cédula de Caballero del Santo Sepulcro. La ciudad de Alejandro y de los Ptolomeos recibió también su piadoso homenaje; subió por el Nilo hasta el Cairo, fué á meditar á la sombra de las Pirámides y en las soledades de Memphis, se embarcó de nuevo, faltóle poco para perecer en las olas de la Grande Syrta, llegó á Túnez, y no curándose de la ciudad viva, penetró en las ruinas de Cartago, Cartago dos veces rival de Roma, guerrera con Annibal, cristiana con San Cipriano! Desde Africa, pasó el ilustre viajero á España, la tierra de los combates y del amor, llena de los recuerdos de Pelayo, de Carlo Magno y de Boabdil, y al entrar bajo los bordados pórticos de la Alhambra, creó *El último de los Abencerrajes*, esa interesante y caballerosa leyenda.

De vuelta á Francia en 1807, M. de Chateaubriand, conmovido aún por los recuerdos del último país que había visitado, publicó un análisis del *Viaje á España* de M. de Laborde. Este libro escitó vivamente la curiosidad. Algunos pasajes parecían contener alusiones de que se apoderó ávidamente la malignidad pública: los envidiosos sobre todo señalaron á la venganza imperial un retrato de Neron, cuyo modelo, decían ellos que, era nombrado en alta voz por los partidarios del antiguo régimen. Napoleon tuvo la debilidad de irritarse por algunas connotaciones que quizás no fueron colocadas allí de intento; en un momento de cólera quitó á M. de Chateaubriand la propiedad del *Mercurio*, y se escendió, según refieren, hasta el punto de amenazarle con que le haría dar de sablazos en medio de la corte de las Tullerías.

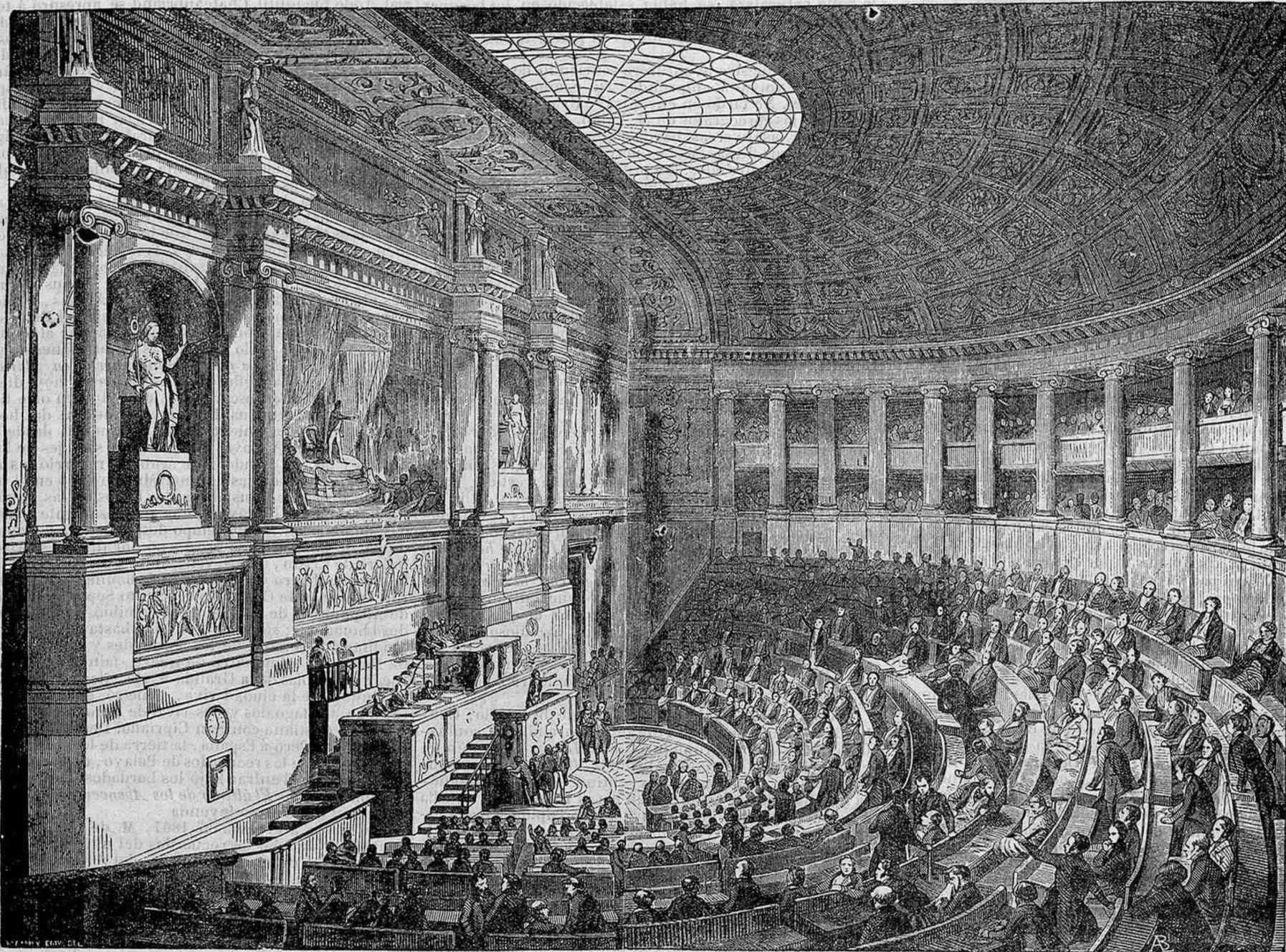
Conocióse la firmeza y la independencia de M. de Chateaubriand; el ciego despotismo de Napoleon debía encontrar en él un constante adversario. Así es que causó singular sorpresa el hallar en el *Itinerario de París á Jerusalem*, que apareció poco tiempo después de retirarlo el privilegio del *Mercurio*, frecuentes elogios de la gloria imperial; pero lo que el público ignoraba era que, algunos días antes de la aparición de aquella obra, habíasele prohibido al editor que le diese á luz, á no ser que M. de Chateaubriand consintiese en insertar algunos pasajes en alabanza del Emperador. Opúsose Chateaubriand con energía, hasta que vencido por las súplicas de su editor, cuya ruina hubiera causado la prohibición del *Itinerario*, cedió, limitándose sin embargo á celebrar solo la gloria militar del Emperador, sin decir palabra alguna acerca de los actos del gobierno ni de la administración interior del Estado.

Entretanto, retirado en su apacible morada de la Vallée-aux-Loups, daba Chateaubriand la última mano á su grande obra, cuyo plan había concebido en Roma y para cuyo estudio había emprendido su peregrinación á Grecia, Judea y Africa. Publicáronse por fin los *Mártires*. Si se intentasen reunir hoy los folletos, los artículos, los libros, las parodias, los panegíricos, los escritos de todas clases que inundaron á Francia y á Europa toda con motivo de esta obra, sería necesario construir un edificio tan vasto como la biblioteca de Alejandria, cuyo contenido sería bastante á calentar por espacio de muchos meses los baños del califa Omar. Era en efecto un alarde extraño de valentía un poema, y un poema en prosa, en el que todos los misteriosos poderes del cristianismo se hallaban evocados, descendiesen del cielo ó se alzasen de las profundidades del infierno, revestidos todos con la imagen y el carácter que les eran atribuidos en las tradiciones religiosas y en las Santas Escrituras. Era enteramente una novela poética. Y si bien es cierto que, por la necesidad misma del asunto, tomase también una parte principal en esta historia las antiguas divinidades del paganismo, no está menos manifiesto que las inteligencias superiores del cristianismo, ángeles ó demonios, se hallan dotadas de una fisonomía por lo menos tan poética como la de las divinidades del Olimpo y que los misterios de nuestra religión ofrecen tantos, ya que no mas manantiales á la imaginación del poeta, que toda la teogonía pagana.

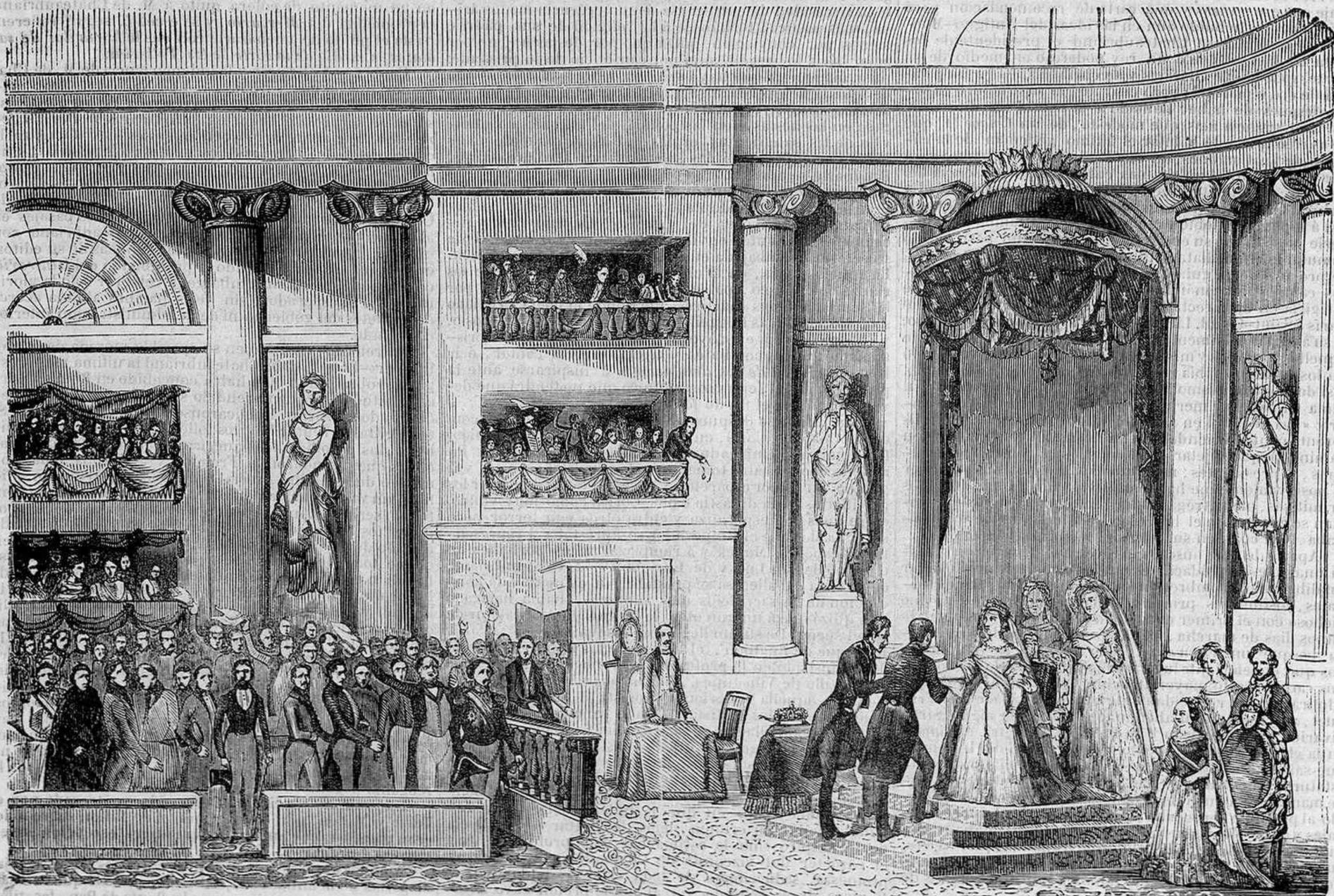
Este camino, es cierto, había sido ya trazado por el Tasso y Milton, pero sus poemas, el de Milton sobre todo, eran considerados aún como singulares escepciones peligrosas de imitar.

Algunos autores, no obstante, fatigados de las añejas alegorías de la antigüedad, habían imaginado que existían cosas á que cantar mejores que la flauta de Pan, las tije-

(1) Nombre dado en Inglaterra á las granjas ó quintas.



VISTA INTERIOR DE LA CAMARA DE DIPUTADOS EN FRANCIA.



VISTA INTERIOR DEL SENADO.

ras de las Parcas y la barca de Caronte; pero su audacia no se había remontado á adoptar como máquinas y resortes poéticos el poder de la religión; á lo sumo había concebido algunas divinidades puramente racionales simbolizando en ellas con grandes esfuerzos de imaginación las fuerzas físicas de la naturaleza. Así es que, hácia la época en que aparecieron los *Mártires*, Lemercier, para «reemplazar especialmente, según él mismo dice, en todo y por todo, á los dioses, á los gigantes, á las ninfas, á las diosas, á los faunos y á los silvanos intentó en un poema intitulado la *Atlantiada*, divinizar las fuerzas virtuales del mundo, tales como la *gravitación*, la *repulsion*, la *fuerza centripeta* y la *fuerza tanjencial* ó de *proyección*. Aquellos nuevos dioses se denominaban *Theose*, *Singenie*, *Psycholié*, *Nomogéne*, etc. Pero, como es de presumir, cayó el ridículo sobre aquel ensayo: mofáronse de Lemercier y de sus dioses, y le contestaron con estos dos versos de Voltaire:

*On chérira toujours les erreurs de la Grèce,
Toujours Ovide charmera.*

El Olimpo Cristiano de M. de Chateaubriand, aun cuando mas poético que el de Lemercier, halló no obstante igual oposición, y alzó igual número de tempestades. Durante mucho tiempo permanecieron armados los dioses del paganismo sobre la brecha, rechazando con disparos alejandrinos el asalto de las nuevas divinidades, y para que la musa cristiana lograse salir vencedora de la pagana, hanse necesitado nada menos que veinte años de combates y una nueva generación de críticos y de poetas.

A pesar de todo, en medio de aquella lucha literaria, la fama de Chateaubriand iba extendiéndose y consolidándose. En 1811 quedó vacante una plaza en la Academia por muerte de José Chenier, y la opinión pública designó á Chateaubriand como el mas digno de ocuparla. Todo el mundo sabe que siguiendo la costumbre era necesario que el nuevo electo hiciese en un discurso pomposo el panegírico de su predecesor; Chateaubriand, cuyas convicciones rechazaban los principios políticos profesados por José Chenier, no quiso someterse á semejante costumbre, y atacó violentamente, según dicen, la memoria del convencional. El Emperador, á quien se hizo tomar conocimiento de este discurso, temió que semejantes opiniones fuesen peligrosas en unas circunstancias en que ocupaban los principales puestos del Estado los jueces de Luis XVI, y prohibió que lo pronunciase al nuevo académico. Desde aquel día quedaron aquellos dos grandes hombres separados de una manera irreconciliable.

Tal acontecimiento, poco importante en sí mismo, influyó quizá mucho en la línea política que adoptó M. de Chateaubriand cuando la entrada de los Borbones. En efecto, la obra que primero publicó, despues de la primera restauración, fué un folleto intitulado: *Bonaparte y los Borbones*, cuya violencia no cede en nada á los mas injuriosos libelos que vieron la luz pública en aquella época. El alma generosa de M. de Chateaubriand debió sentirse despues muchas veces pesadosa de las crueles calumnias con que persiguió al Emperador en su destierro. Despues parece que le hizo justicia, y así debió ser. Dos hombres como Napoleón y Chateaubriand debían concluir por aproximarse y glorificarse mutuamente.

Durante los Cien días, siguió Chateaubriand á Luis XVIII á Gante, en donde fué llamado á sentarse en el Consejo en calidad de ministro de Estado. Despues de la segunda restauración fué elevado á la dignidad de Par de Francia. Las opiniones en aquella época eran ultra-realistas. En un escrito denominado *De la monarquía según la Carta*, se arriesgó á determinar el lugar que le correspondía ocupar al rey en un gobierno constitucional, y cayó de la gracia de Luis XVIII, que era muy hábil para romper aún abiertamente con la Francia liberal. La orden que lo destituyó es significativa y merece ser mencionada:— «Habiendo, dice, el vizconde de Chateaubriand, en un escrito impreso, promovido dudas acerca de nuestra voluntad personal, manifestada por nuestra Ordenanza de 5 de setiembre del presente mes, hemos ordenado lo que sigue: El vizconde de Chateaubriand dejará de ser conatado desde este día entre los ministros de Estado.»

No seguiremos á M. de Chateaubriand en todas las fases de su vida política. En desgracia, despues vuelto al favor real, nombrado sucesivamente embajador en Berlin y Londres, despues ministro plenipotenciario en el Congreso de Verona, caído de nuevo en el disfavor y enviado despues á Roma como embajador, tuvo ocasion de dar aun otra vez su dimision en el advenimiento del ministerio Polignac, y vió de lejos conmovirse el trono que había querido consolidar y por el cual no había podido hacer otra cosa que prever su caída.

Chateaubriand había sufrido la proscripción y el destierro, faltábale la prision, esta última prueba le esperaba en el fin de su larga y gloriosa carrera; y al gobierno de Julio le estaba reservado arrastrar al cantor de los *Mártires* á los bancos infames del tribunal superior.

Posteriormente á la Restauración, á mas de sus folletos políticos publicó Chateaubriand diversas obras literarias; la primera que vió la luz fué *Los Natchez*. Sabido es como el manuscrito de este libro, olvidado por el autor con otros diversos objetos en una posada de Londres en la época de su vuelta de la emigración, fué milagrosamente hallado veinte años despues con la maleta que lo contenía en una choza de una miserable aldea inglesa. La probidad de las pobres gentes á quien había sido confiado este depósito, le valió al autor la mas dulce emoción de su vida, y á Francia una obra maestra mas. Despues de los *Natchez* aparecieron *Moisés*, el *Ensayo sobre la poesía inglesa*, la traducción del *Paraiso perdido*, el *Congreso de Verona* y la *Vida de Rancé*.

Se ve por este rápido bosquejo, que la vida de Chateaubriand ha sido tan agitada como el siglo en que ha vivido. Poeta como el Dante, el Tasso, Camoens, Cervantes y Milton, tenía que servir tambien como ellos de objeto á grandes persecuciones.

Hacia algunos años que M. de Chateaubriand se había circunscrito á un retiro casi impenetrable. Totalmente ajeno al ruido y á las intrigas del mundo, vivía únicamente de sus recuerdos, que coordinó, y de los cuales hizo un excelente libro. Si se han de creer las con-

fidencias de este grande genio, tal libro titulado *Memorias de Ultra-tumba*, es una epopeya verdadera en la que están pintados con los mas vivos colores de su imaginación, y delineados por lo tanto con la verdad mas evidente los hombres y las cosas que, en tantas revoluciones, pasaron en conjunto ante las miradas observadoras del poeta. Y tal debe ser en efecto, porque ¿cuál es el escritor de este tiempo que posee el pincel de Chateaubriand; qué hombre ha existido jamás á espectáculos mas grandes, mas interesantes, mas variados? Oigasele al mismo: hé aqui cómo habla en el prólogo de estas famosas Memorias:

—«Héme cruzado con casi todos los hombres que han representado durante mi tiempo un papel grande ó pequeño en el extranjero y en mi patria, desde Washington á Napoleon, desde Luis XVIII hasta Alejandro, desde Pio VII hasta Gregorio XVI, desde Fox, Burke, Pitt, Sheridan, Londonderry, Capo d'Istrias hasta Malesherbes y Mirabeau; desde Nelson, Bolívar, Mehmet, pachá de Egipto, hasta Suffren, Bougainville, Moreau, etc. He formado parte de un triunvirato del que no había ejemplo; tres ministros opuestos en intereses y de nación distinta se han ballado casi á la vez, siendo ministros de negocios extranjeros; yo en Francia, Canning en Inglaterra, y Martínez de la Rosa en España. He atravesado sucesivamente los años vacios de mi juventud, los años tan llenos de la era republicana, de los fastos de Bonaparte y del reinado de la legitimidad.

»He explorado los mares del antiguo y del nuevo mundo, y pisado el suelo de las cuatro partes de la tierra. Despues de haberme acampado bajo la choza de los iroqueses y bajo la tienda del árabe, en los wigams de los Hurones, en los restos de Athenas, de Jerusalem, de Memphis, de Cartago, de Granada; en casa del griego, del turco y del moro, en medio de los bosques y de las ruinas; despues de haberme vestido el sobretodo de piel de oso del salvaje, y el caftán de seda del mameluc; despues de haber sufrido la pobreza, el hambre, la sed y el destierro, me he sentado ministro y embajador, con bordados de oro, cubierto de placas y de cintas, á la mesa de los reyes, en las fiestas de los principes y de las princesas, para volver á caer en la indigencia y experimentar la prision.»

Hacia algun tiempo que la salud de M. de Chateaubriand inspiraba á los pocos amigos á quienes cabía la dicha de aproximarse muy serias inquietudes. De vuelta de un viaje que hizo á Dieppe en el transcurso del año de 1847, se manifestaron sintomas alarmantes, que no permitieron dudar de su fin cercano. Había, según parece, formado el proyecto de fiar su restablecimiento al cielo de Italia cuando una pneumonia aguda vino á complicar sus sufrimientos, llevándoselo en menos de cinco días. M. de Chateaubriand murió en París el 4 de julio de 1848, á las nueve de la mañana, en el hotel de la calle *des-Missions Etrangères*, en medio del concurso de sus amigos y de los admiradores de su genio, reunidos para darle un último homenaje á su memoria. No siendo bastante espacioso el edificio para contener la escogida multitud que había atraído la fúnebre ceremonia, fué depositado el cuerpo despues de la celebración de los oficios en el patio, y un miembro de la Academia, M. Patin, pronunció un discurso ante el féretro.

Los despojos mortales del ilustre escritor fueron trasladados á Saint-Malo, su patria; y allí, á orillas del mar, en el hueco de un peñasco constantemente azotado por las olas del Océano, es en donde reposa al fin el famoso poeta cuya vida toda no fué sino una tempestad. Conmovido hasta en su último día por los recuerdos de su infancia, él mismo eligió para su tumba la playa desierta que le había servido de cuna, de la propia suerte que el pájaro viajero que, despues de haber hecho resonar todas las riberas con sus trinos, viene por último á morir en el nido que le vió nacer.

F. T.

AZAR Y CALUMNIA.

Novela escrita en alemán

POR WILHELMINE WILLMAR.

(Conclusion.)

VII.

La conversacion que había tenido con madama de Blumer se hallaba siempre presente á mi memoria: veíala dando prisa á todo el mundo para que los objetos que servían de obstáculo á nuestra union estuviesen inmediatamente cosidos, planchados y arregiados: oía sin cesar aquellas palabras que tan profundamente me habían herido: «Si Clementina se ha engañado, debe espíar su error.» Y veía de la suerte que aquella buena madre ayudaría á su hija para hacer entrar en razon á un yerno.

Pretendian en efecto ganar el tiempo perdido, por que sin desperdiciar momento fué á mi casa un tapicero, encargado por madama de Blumer de tomar la medida de mis habitaciones para preparar tapices y colgaduras. Respondí que estaba satisfecho con mis muebles, que mas adelante ya consultaría con mi mujer para variar lo que no fuese de su agrado.

No bien se hubo marchado el adornista, cuando me arrepentí de mi negativa. En castigo de tal oposicion, esperaba que me dirigiesen una carta punzante; pero cuál fué mi asombro, cuando Clementina me escribió que se doblegaria voluntariamente á mis menores deseos, persuadida como se hallaba de que todo cuanto me agradase seria igualmente de su aprobación. Al propio tiempo me remitía diversas muestras de telas para

su vestido de despesada, suplicándome que la indicara mi gusto, para que inmediatamente y sin dilacion alguna pusiese la modista manos á la obra.

Mi respuesta fué afectuosa y casi humilde; porque el tribunal de mi conciencia no me absolvía del todo; esperaba que renaciese todavia nuestra antigua ternura, y esperé extraordinaria alegría un día en que uno de mis vecinos del campo me invitó para una función á que había prometido asistir mi futura y su madre. Prometíame que aquella fiesta diese márgen á una reconciliacion que echára un velo sobre todo lo pasado.

VIII.

Púseme en camino con mucha mas diligencia que lo hubiera hecho en otras circunstancias. Y no era, francamente, el amor lo que aquella vez me aguijoneaba; anhelaba solo que aquel apresuramiento en asistir reparase mi falta á los ojos de Clementina. Tal esperanza quedó fallida: los convidados fueron llegando sucesivamente; y ella no apareció. Pero Enriqueta Werner, á quien no esperaba, llegó acompañada de su tía.

Aquella aparicion me turbó. ¿Era placer lo que experimentaba, ó era un confuso presentimiento de las funestas consecuencias que habían de seguirse á nuestro encuentro? Nunca me había parecido Enriqueta tan seductora. Cuando me descubrió en el alfeizar de una ventana, cubriose su fisonomía de un vago carmin; pero mucho antes de que mi amor propio tuviera lugar de interpretarlo reconocí su causa. Aproximóseme Enriqueta, y, como si hablara indiferentemente, me indicó que el asesor Braun seria del número de los convidados. Todo contribuía á que fuera mayor mi inquietud; y para que llegara á su colmo, el principal autor de nuestra tribulacion, el chambelán de Reich, entró en la sala durante aquel coloquio.

Entonces ya puse todo mi cuidado en permanecer apartado de Enriqueta, á quien, aunque á mi pesar, buscaban incansablemente mis ojos; evitábame ella con el mismo ahinco, y cuando fortuitamente se encontraban con las mias sus miradas, nuestra agitacion probaba suficientemente el temor que nos inspiraba nuestro importuno observador.

Terminamos la comida sin que hubiesen aparecido Braun ni Clementina. Yo estaba violento por la reserva que me obligaba á guardar la presencia del chambelán, exasperado por no poder conversar con la buena Enriqueta, cuya amistad había llegado á serme preciosa, y esto me afectaba mucho mas que la ausencia de mi prometida, respecto de cuya falta venia todo el mundo á condolérseme. Parecíame tambien que sentía Enriqueta el que no pudiera ir á decirle algunas palabras de interés, cuando á mas de tantos otros disgustos me asaltó el de que en nuestro empeño de rehuirnos mutuamente, podría entrever el maldiciente Reich una nueva prueba de nuestra inteligencia. Redoblóse mi despecho, y huí de la reunion para ir á buscar en un aposento apartado la soledad y el descanso; y allí dejéme caer en un sillón colocado detrás de la estufa, asilo cuyas tinieblas simpatizaban con el estado de mi alma.

IX.

Media hora hacia que me hallaba maldiciendo de mi destino, cuando sentí abrir y despues cerrar la puerta de la habitacion y echar el cerrojo; avancé la cabeza y reconocí con extraordinario terror á la señorita Werner con una carta en la mano, que sin duda pretendía leer á solas.

Asaltóme el pensamiento de que si nos sorprendian juntos en aquel aposento con todas las apariencias de un plan concertado, seria completo el triunfo de nuestros perseguidores, y aun, á riesgo de asustar á Enriqueta, me levanté apresuradamente para salir de aquella habitacion.

Pero al verla palidecer y desvanecerse, abandonóme toda idea de precaucion; corrí á ella, la sostuve en mis brazos y la exhorté con las mas afectuosas palabras á que calmase sus inquietudes. Incapaz de poder articular palabra alguna, lloraba, y cada una de sus lágrimas penetraba hasta mi corazón: por último me alargó el billete que acababa de recibir: Braun participaba que un negocio urgentísimo le ponía en la imposibilidad de asistir á la fiesta; pero que concurriría despues de la comida, en compañía de mi prometida y de su madre, retenidas igualmente por sus ocupaciones.

«Si llegaran en este momento!» Al pronunciar estas palabras lancéme hácia la puerta, y ya tenía cogido el cerrojo, cuando se dejó percibir un ruido confuso por la parte de afuera, y no tardé en reconocer la voz de aquellos á quienes temíamos.

En mi ansiedad agité el cerrojo con un movimiento convulsivo. De súbito el fatal Reich exclamó: «Aquí deben hallarse, puesto que á uno y á otro los he visto entrar aquí.»

¿Qué hacer? El terror de Enriqueta no tenía límites, y de ella era de quien únicamente me ocupaba. Oprimia sus manos trémulas, ya contra mi seno, ya contra mis labios; exhortábala á media voz que se tranquilizase, protestando que antes me arrojaría por la ventana que comprometer su reputacion.

Presentóse en esto á mis ojos una puerta, que hasta entonces me había ocultado la oscuridad y me precipité á ella; pero daba á un gabinete sin salida! Un vasto armario me ofrece sus entrañas libertadoras; precipítome á él, aunque no sin recelar que fuese peor el remedio que la enfermedad; y en tanto que me acurrucó entre cajas y vestidos, me encierra Enriqueta, quita la llave, y ya mas tranquila va á abrir la puerta del aposento.

Las primeras palabras que hieren mis oidos son convenciones violentas de Braun, quien intima á la señorita de Werner para que indique inmediatamente el sitio en que me halló escondido. La paloma mas tímida cobra valor cuando se ve abrumada de ultrajes hasta lo infinito. Enriqueta dió pruebas de ello; levantó con orgullo la cabeza y pidió cuenta á Braun de un lenguaje tan extraño

En cuanto á mí, colocado en mi escondite de la manera mas incómoda, admiraba la presencia de ánimo de las mujeres. Si en lugar de un tan endeble tabique, nos hubieran separado las aguas del inmenso Océano, no hubiera podido expresarse Enriqueta con mayor seguridad.

Cuando se cansaron de recorrerlo todo, y despues que yo no me di por entendido de las voces poco tier- nas con que se esforzaban en llamarme Clementina, el impetuoso Braun hizo mil demostraciones para escu- sarse culpando de sus arrebatos á la vivacidad de su amor. Su carta hallada en el suelo dispó todas sus du- das. No obstante, fuése de allí la sociedad sin que hu- biese pronunciado Enriqueta la palabra perdón.

Persuadido entonces de que ya n da tenia que tem- er, traté de enderezarme un poco para respirar con mayor libertad.... Pero los fallos del destino son inevi- tables!... Mi cabeza tropizó con una pirámide de cajas de sombreros, que rodó por el piso con estrépito.

«¡Ahí está, ahí, en el armario! exclamó el chambelan; bien opinaba yo que no podia andar lejos; hé ahí por lo que he querido esperar hasta que se descubriese donde estaba.

—Las apariencias están contra mí, exclamó Enri- queta con la firmeza que le prestaban su inocencia y el mal comportamiento de Braun; sin embargo todo esto no es si no obra del azar y de la malignidad. Sí; el que buskais se halla en ese armario, y yo misma he sido quien le ha encerrado para evitar las falsas interpreta- ciones que podian darse á nuestro encuentro fortuito. «Mas antes de abrir esa puerta, declaró formalmente que este instante me separa para siempre del señor asesor Braun.»

Braun, herido por aquella espresion de verdad, in- tentó hacer algunas objeciones; pero Enriqueta abrió el armario sin escucharle, del cual me precipité con la ra- bia en el corazon.

X.

Poco era lo que me importaban en aquel momento las invasivas de Clementina; la injuria que pesaba sobre la señorita de Werner era mi única preocupacion. Reich hubiera sido la primera víctima de mi venganza si pruden- temente no se hubiera refugiado en el armario que acababa yo de abandonar; obteniendo de él un servio- cio que yo me prometí en vano: una mano compasiva cerró la puerta y quitó la llave en tanto que yo bus- caba á mi enemigo entre los asistentes.

Entonces me dirigí á Braun; felizmente ambos care- cíamos de armas; de otra suerte hubiera corrido san- gre en el debate.

Empero el hallarnos circunvalados por los convida- dos todos, y las indicaciones del dueño de la casa que nos suplicaba que ventiláramos en otra parte nuestra querrela, fueron causas bastante poderosas para resta- blecer la tranquilidad.

Enriqueta habia desaparecido en el momento acom- pañada por su tia; yo habia ordenado igualmente que dispusieran mis caballos. En la indignacion que me do- minaba, dejé entrever á Clementina que miraba co no roto nuestro casamiento; una mujer que tan poco fiaba de mi lealtad no podia hacerme feliz.

Sin esperar su respuesta, dije al pasar, á Braun, que me hallaria á la mañana siguiente en un bosquecillo inmediato á B*** y me alejé precipitadamente.

XI.

Ya en mi casa, hice preparativos como para un viaje largo. Si la suerte me era favorable en el duelo, tenia resuelto el ir á París para distraerme y curar las heri- das de mi corazon.

No me acosté; de noche aún partí á caballo, y al rayar el dia ya me hallaba en el lugar de la cita. Braun se hizo esperar, parecia que se hallaba dominado por una especie de arrepentimiento. Entonce ya, que no le cegaba la pasion, reconocia que ni yo, cuya franqueza habia tenido lugar de apreciar mas de una vez, ni la prudente y modesta Enriqueta, éramos capaces de sos- tener una inteligencia secreta y criminal. Tendíome la mano en señal de reconciliacion, manifestando que la prolongacion de nuestras disensiones serviria solo para dar pábulo á los tiros de la calumnia.

Pero yo permanecí sordo á sus palabras. La esperan- za que manifestaba de que haria que desapareciesen muy pronto sus diferencias con Enriqueta me indignaron hasta el furor. Le obligué á ponerse en guardia, y aun cuando su sangre fria le daba grandes ventajas sobre mí, concluí por herirle y desarmarle. Seguidamente, despues de haberle aconsejado prudencia y discrecion, monté á caballo para ganar mi carruaje, y partí en el instante mismo.

Entre mil sensaciones bien opuestas, la que mas me agitaba era la de que tuviera Enriqueta compasion de Braun que acababa de verter su sangre, y que seme- jante compasion despertase quizá una adhesion mal es- tinguida.

Entonces fué cuando reconocí lo que la amaba. Para justificarme á mis propios ojos de mi inconstancia, mal- decia al calumniador, que, imputándonos como críme- nes azares inocentes, nos habia acercado el uno al otro, dándome así ocasion de apreciar el mérito todo de la señorita de Werner.

XII.

Hacia el ocaso del segundo dia, seguia tristemente avanzando por el camino real, sin dedicar ni una mira- da á los objetos que se sucedian en mi rededor, quan- do me gritó el postillon que se descubria á muy corta distancia un carruaje volcado. Mandéle hacer alto, y, no obstante las tinieblas que comenzaban á propagar- se, distinguí á dos señoras que se hallaban en la ma- yor ansiedad; avancé algunos pasos, y... ¿cuál fué mi sorpresa al reconocer á Enriqueta y su tia?

Enriqueta habia hecho á su padre conocedor de to- das las escenas desagradables de que habíamos sido au-

tores; y no solo habia aprobado Werner su resolucio- n de ir á pasar algunos meses en casa de su tia, sino que no le habia ocultado que aquella excelente tia prolongaria su permanencia á su lado cuanto quisiese, á fin de in- definirlo tanto, que de ella se desprendiese la rotura que hacia tanto tiempo preveia. Su mayor conocimien- to del carácter de Braun no le dejaba duda alguna en rehusar á semejante yerno.

Aquella vez bendije el azar que volvia á reunirnos aún, y hasta comencé á mirarlo como una especie de predestinacion.

Me apresuré á ofrecerles mi coche: el suyo estaba en bastante mal estado. La tia de Enriqueta se habia estropeado el bra o izquierdo en la caída, y los dolores se le aumentaron de tal modo, que tuvimos que dete- nernos en un pueblecito inmediato.

Solo habia en él una posada, y, por tal razon, pre- ciso fué que habitase tambien en la propia casa que Enriqueta. Además, ¿hubiera debido abandonarla en el instante mismo en que se declaraba una fiebre violenta en su compañera? A la par la prodigábamos nuestros cuidados á la enferma, y á la par tambien se formaba un lazo cada vez mas estrecho entre nuestros cora- zones.

Enriqueta habia mandado sin perder tiempo un mensajero á su padre, instruyéndole del accidente; pero aun cuando fué mucha la diligencia de Werner, cuando llegó se hallaba ya casi restablecida su hermana, no habiendo necesidad á la sazón de otra cosa que de su consentimiento para mi enlace con su hija.

Estrechóme el buen Werner entre sus brazos ver- tiendo lágrimas de alegría, y me confesó que hacia mu- chos años que no era otro su deseo mas vehemente.

«El cielo ha oido favorablemente mis súplicas, y la maldad de nuestros enemigos será el origen de vuestra felicidad.»

Todos reunidos, emprendimos el camino de mis po- sesiones, en donde no se transcurrieron muchos dias sin que nuestro buen cura, mi antiguo guia, juntase nues- tras manos de la propia suerte que lo estaban ya nues- tros corazones.

Semejante acontecimiento sirvió al principio de ob- jeto á todas las conversaciones en B***: pretendian, no sin alguna verosimilitud, sacar consecuencias de él para probar que no en vano se nos habia acusado. No obstante, el chambelan, que hubiera querido conseguir su entrada en nuestra casa, declaró espontáneamente que se habia permitido con nosotros lo que él llamaba una inocente burla; consentimos en perdonarle, su- puesto que, y aparte de todo lo demás, él habia sido la causa principal de nuestra dicha. Sin embargo, no quisimos recibirle; porque es mucho mas fácil preser- varse de un enemigo declarado que de un maldi- ciente.

Braun corrió á narrar sus sinsabores á Clementina; confióle ella su despecho, y para vengarse, no supie- ron hacer otra cosa mejor que imitarnos.

EDIFICIOS POLITICOS.

EL SENADO ESPAÑOL. LA CAMARA DE DIPUTADOS DE FRANCIA.

Como nos proponemos dar á nuestros lectores un conocimiento exacto, no solo de los sucesos políticos de interés que ocurran en el mundo, sino de las locali- dades en que tengan lugar, á fin de que puedan ser mejor comprendidos, iremos presentando entre otras, una serie de vistas interiores de los parlamentos de Europa, con una ligera noticia de su historia y sus re- cuerdos. Hoy empezamos por el Senado, y por la Cá- mara de diputados de Francia.

El edificio que en la actualidad ocupa la alta Cá- mara española, era el convento ó iglesia de doña Ma- ría de Aragon. En 1814 albergó á las Córtes, pero ver- rificada la reaccion, la iglesia que habia servido de salo- n de sesiones, volvió á ser habilitada para templo, hasta la segunda época constitucional en que nueva- mente fué ocupada por las Córtes, para ser segunda vez restaurada como iglesia. Finalmente verificada la ultima exlaustracion, y consignada en la Constitucion de 47 la creacion del Senado, eligióse otra vez mas para dar cabida al cuerpo colegislador este edificio que sufrió grandes variaciones y mejoras, especialmente en la parte del salon cuya forma y disposicion son su- mamente á propósito para el destino que actualmente tiene.

PALACIO BORBON,

(ANTES CÁMARA DE LOS DIPUTADOS DE FRANCIA.)

El palacio Borbon, destinado para palacio de la Cámara de los diputados, se halla situado en la ribera izquierda del Sena, al frente del puente de la Concordia. Fué erigido en aquel lugar en 1722 por la duquesa viuda de Borbon, segun el diseño primero de Girardini, despues del célebre Mansard. El príncipe de Condé, á cuya propiedad pasó, lo hizo agrandar aún; pero únicamente en 1789 es cuando fué completamente acabado el edi- ficio. La Revolucion lo dejó deshabitado hasta 1795, año en que fué destinado para dar cabida al Consejo de los Quinientos. Bajo el Imperio sirvió al Cuerpo Legislativo, y desde 1814 fué ocupado por la Cámara de los diputados. Posteriormente á su entrada principal, que lo es por la calle de L' Université, se encuentra un patio vasto y grandioso: en las alas de cada lado se hallaban las ofi- cinas de la Cámara ó las habitaciones de los empleados. Atraviésase despues el peristilo que está adornado por cuatro columnas corintias, la antecámara en la que se ostentan varias estatuas y bajos relieves, y á cuyos lados estaban á la derecha la sala de distribucion de los impresos y á la izquierda el salon del rey; y en se- guida se penetra en la sala de las sesiones, que figura un semicírculo adornado con 24 columnas jónicas de már- mol blanco, ocupando el centro del eje el asiento del

presidente y la tribuna, desde donde se elevan en gra- derío los bancos de los 459 diputados, para terminar ormando una especie de anfiteatro en la base que so- porta las columnas. Hállase toda la sala adornada de cuadros, colgaduras, dorados, estatuas y bajos relieves. Al rededor del semicírculo se dilata una galería capaz para 700 personas; existiendo además tribunas reser- vadas para los miembros de la familia real, el cuerpo diplomático, el Consejo de Estado, etc. En cada lado y al pie de la tribuna, un poco hacia el extremo, se colo- caban los taquígrafos del *Moniteur*: los redactores de los demas periódicos lo hacian en una de las grandes tri- bunas públicas, en frente del presidente y del orador. Cada diputado tenia su nombre inscrito en el sitio que debia ocupar desde el principio hasta el fin de la legis- latura, facilitándoles una doble entrada en circula- cion por entre los bancos. A mas de estos departa- mentos cuenta la Cámara, la sala de las conferencias, la Biblioteca, con mas de 50,000 volúmenes y la sala de los pasos perdidos; sentimos que lo estrecho de nuestras columnas no nos permita dar detalles mas minuciosos sobre las partes todas de este notable edificio en que tuvieron lugar las principales escenas de la última re- volucion francesa, desde la cual ha quedado vacío por no ser bastante capaz para contener todos los miem- bros de la Asamblea, para la cual se construyó un lo- cal provisional que describiremos y copiaremos en otro número.

Cronica artistica é industrial.

NUEVO USO DEL CORCHO.

La estremada ligereza del corcho, que lo ha hecho á propósito para tantos usos, acaba de proporcionar una nueva aplicacion á esta materia. Se han practicado en Inglaterra diferentes experimentos, y se ha visto que un colchon del tamaño ordinario lleno de polvo de corcho, y que solo pesaba una arroba, sostenia sin sumirse el peso de siete hombres, y por consiguiente, que una ó dos personas podian mantenerse sobre él en el mar, con igual seguridad de no ahogarse, que si estuviesen á bordo de un navio.

Los colchones, almohadas y almohadones, hechos con esta materia, son tan elásticos y agradables como los de lana ó de crin, y tienen además la ventaja de no apelmazarse jamás, y por consiguiente de no necesitar varearse.

Esta nueva aplicacion del corcho puede ser muy útil á bordo de los buques, pues sin aumentar los gas- tos, se podrian llevar de estos colchones que sirviesen ordinariamente para dormir, y que en un caso apu- rado, serian un medio para salvar la tripulacion y pa- sajeros, tanto mas cuanto que se podrian construir de manera que, unidos todos los que se llevasen en un buque, formasen un conjunto como una balsa ó flo- tante.

Opónese á esto que es raro el polvo, limaduras ó aserrín de corcho, y que si se le diese este uso, se en- careceria el precio de aquella materia; mas nosotros responderemos que dicho polvo llegaria á ser abundan- te, sin que por eso subiese el precio del corcho, con- que se recogiesen y pulverizasen los restos que resul- tan de la fabricacion de tapones, suelas para las botas y otros objetos, y además se utilizan los tapones que han servido ya en las botellas de vino y cerveza, y que no puedan volver á servir para ese fin, lavándolos bien y haciéndolos secar antes de convertirlos en pol- vo destinado á los colchones.

Teatros.

CRUZ.— *Traidor, inconfeso y mártir*.—CIRCO DE POM- BO.—CIRCO DE PAUL.—MUSEO.

Un drama de Zorrilla: el beneficio de Matilde Diez; hé aquí ciertamente un buen principio para las revis- tas de LA ILUSTRACION; una nueva produccion de uno de los ingenios mas lozanos que ha producido nuestra literatura, estrenada á beneficio de la actriz de mas ta- lento y de mas disposicion del teatro español, no puede menos de llamar vivamente la atencion del público; lo que se escriba acerca de esta funcion ha de ser leído, aun- que, como nosotros, el que emita su voto no se halle au- torizado con títulos, ni con fama para criticar las pro- ducciones del genio, que van precedidas del crédito que las dá el solo nombre del escritor.

¿Cuál es, pues, el pensamiento dominante del nue- vo drama del señor Zorrilla? ¿Cuál su tendencia? No es fácil responder á estas preguntas: al través de mis- terios apenas indicados de intrigas no justificadas, de odios inveterados y tradicionales, cuya expansion tiene ciertamente algo de repugnante, cuando llega el caso de presentar á un padre á los pies de su hija, que en el instante de ser reconocida se mantiene en su aversion casi instintiva, hasta el punto de rechazarle de sí, des- asir sus vestidos de las manos suplicantes del que le dió el sér, y lanzar sobre su cabeza una maldicion terrible, descúbrense tres grandes figuras que ocupan casi ex- clusivamente la atencion del espectador: tales son el alcalde Santillana, padre criminal de Aurora; ésta que es un tipo acabado de pureza y de sentimiento pero educada para odiar á su padre, y el pastelero de Ma- drugal, Gabriel, personaje caprichoso y extraordinario, cuya vida toda es un misterio envuelto en impenetra- bles sombras, y cuyo carácter, si no es verosímil, se deduce por la grandeza de las palabras que pronuncia, por lo extraordinario de su valor, y es una de las mu- chas creaciones fantásticas á que ha dado vida la pluma del señor Zorrilla. Pero no importa que el drama de que nos ocupamos nos revele tendencias ciertas; el

CARICATURAS.

LAS SOCIEDADES DE LA CORTE.



Yo te presento
Tu te presentas
Aquel se presenta

Nosotros nos presentamos
etc., etc.



FIGURIN DEL 28 DE FEBRERO.

Ahora parece que ensaya una nueva pantomima de la cual hablaremos á su tiempo. El Museo sostiene con buena fortuna la compañía de ópera que trabaja en este coliseo hace algun tiempo; en otra revista nos ocuparemos de ella y de otras cosas relativas á teatros, que hoy no podríamos ni aun apuntar.

MODAS.

Pasó la época de los bailes con su bullicio y agitacion; el tiempo santo en que estamos no nos ofrece ocasion de observar y reproducir esos deliciosos trajes de sociedad, que deben presentarse como modelos de elegancia y de buen gusto. La moda se ha refugiado en los misterios de la vida doméstica, donde hemos tenido que sorprenderla para demostrar los recursos que las mujeres verdaderamente elegantes pueden sacar de los trajes de casa.

Ademas de las *casaveckas* ó *coins du feu* guarnecidos de terciopelo, sobre un vestido ribeteado por el mismo estilo, con mangas de batista bordadas; ademas de las mantellinas de mañana con guarniciones de encaje, ajustado sobre una cinta fruncida, modas cuyas formas están suficientemente explicadas con nuestro grabado, indicaremos unas basquiñas abiertas por delante, como las batas de mañana, permitiendo ver la saya interior. Unas son redondas, otras cuadradas por delante y suelen llevar por la parte de la abertura una guarnicion con dos órdenes espaciados de terciopelos muy estrechos.

Las mangas de estos sobretodos de casa, ya sean *casavecka*, *coins du feu* ú otro cualquiera el nombre que lleven, son de formas muy variadas; unas bastante cortas se hallan cubiertas de dos ó tres órdenes de encajes, otras más largas, pasan del codo y son bordadas, y las más cortas van siempre acompañadas de sobremangas blancas de musolina ó de tul, casi ajustadas al brazo.

Los jubones, camisetas, cuellos, cofias y todos los demas accesorios de lencería destinados á acompañar estos trajes de casa, son siempre con gran lujo de bordados, sobre todo cuando el vestido que ha de cubrirles se halla abierto, bien por delante, bien por los costados.

Los trajes de los niños ofrecen poca variacion en la forma de los vestidos con faldillas, pantalones de paño y zapatos con botín, que continúan en boga. En cuanto á las niñas, siguen siendo siempre las muñecas animadas de sus madres, que se complacen en verlas vestidas con un traje de seda á la puritana, sin mas adorno que un cuello y manguitas de tul inglés bordado, y peinadas á la rusa disponiendo su cabellera del modo que aparece en nuestro figurin.

Aunque confesamos nuestra indiferencia respecto á los trajes de hombre, no podemos menos de señalar las variaciones sucesivas que la moda introduce.

El paletot es siempre la prenda del vestido que soporta mas variaciones en su corte y en su color. Unos de paño de pelo largo color oscuro ondean ligeramente en forma de saco sin marcar el talle; otros, los más distinguidos, van ajustados á la cintura que indican de una manera graciosa y se hacen frecuentemente de paño color gris claro. Los pantalones vuelven á ir adornados á lo largo de la costura de un bordado de seda, igualmente que los chalecos; esta moda tímidamente introducida hace algunos inviernos, parece hoy no solamente aceptada sino convertida en necesidad para vestirse.

Para la calle se usan chalecos cruzados en chal bien de cachemir ó de paño, con dos órdenes de botones; y pantalones de fantasía guarnecidos por la costura de un galon casi siempre negro. Los sombreros no presentan ninguna forma particular, cada uno los usa á su gusto y el talento del sombrerero consiste en escoger la horma para cada cabeza. Los sombreros de seda van siendo desterrados por los de fieltro.

Nos hallamos en una época de transicion; las modas de invierno van á ceder su puesto á la de primavera; esperamos poder dar menuda cuenta de ellas la primera vez que volvamos á ocuparnos de la materia.



UNICO REDACTOR Y PROPIETARIO, D. ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Imprenta de D. B. Gonzalez, calle de la Madera baja, núm. 8.

genio se eleva en alas de su inspiracion y se remonta sobre la vida comun de la época, al crear personajes como los que dejamos citados, cuyo carácter no parecerá siempre verdadero ni suficientemente decidido, pero es seductor en alto grado, y cuya agrupacion basta para sostener el interés de la obra, que á no ser por esta circunstancia decaeria notablemente antes de llegar al desenlace. La misma vaguedad, el mismo lazo secreto y terrible que une la existencia de aquellos seres misteriosos excita la curiosidad y cautiva el ánimo del espectador.

No basta ciertamente la impresion que produce una sola representacion para juzgar de obras como *Traidor, inconfeso y mártir*, y hé aqui por qué vacilamos al sentar, fiados únicamente en nuestros imperfectos recuerdos, que no encontramos en ella otra cosa que la anarquía del genio, el descuido propio de la supremacia del talento, que en tan alto grado distingue al señor Zorrilla. Por otra parte, ante obras como el drama estrenado en la Cruz á beneficio de la señora Diez, deben olvidarse los preceptos del arte, las reglas de crítica para dar tan solo lugar á la admiracion hácia quien tiene el don de convertir las aberraciones en bellezas. De intento hemos omitido hablar hasta aqui de la versificación, porque aunque tratándose de una obra de Zorrilla, desde luego se comprende que habia de ser rica y brillante, hay escenas en que la magnificencia y la mágica armonía de los versos es verdaderamente arrebatadora; si á veces en la parte de narracion se advierte alguna dureza pronto la hace olvidar con la viveza de sus descripciones, los giros originales y pintorescos y las galas maravillosas, que despliega con profusion: los torrentes de armonía, las imágenes encantadoras que vierte en fáciles, robustos y bien sonantes versos, serian suficientes para salvar los lunares debidos á su inspiracion caprichosa. El señor Zorrilla debe pues estar satisfecho de una produccion que todos han aplaudido con entusiasmo y con sinceridad.

Viniendo á la ejecucion, no tenemos mas que elogios para la señora Diez y el señor Romea (don Julian); la primera tuvo momentos en que estuvo sublime, y éste, que apenas se retira de la escena, interpretó con acierto el difícil carácter de pastelero de Madrigal; el señor Barroso salió con lucimiento de un papel que requiere bruscas transiciones en la accion y en el semblante; en cuanto al señor Romea (don Florencio), á juzgar por nuestro oido, no se curó de variar de entonacion en las diferentes situaciones en que tomó parte, por mas que éstas sean bien distintas: los demás actores se mantuvieron á la altura de sus papeles. La escena fué bien servida si se pasa por alto el descuido de que en la fonda del pastelero en el primer acto, y en la cárcel en el último, figuraron los mismos sillones y algunos otros muebles; y ya que de estas faltas de propiedad escénica nos ocupamos, apuntaremos otra que advertimos en la decoracion que sirvió para el poco gracioso baile con que terminó la funcion, dejando aparte lo vistoso y mal tratado del telon del fondo que se cae á girones, ¿costaba tanto trabajo remendar el círculo que le falta desde tiempos mas venturosos en que aquella ventana habia sido destinada á que por ella se asomara la luna, que sea preferible hacer prescindir al espectador de semejante gatera calada en el firmamento? Tales descuidos no deben tolerarse ni aun en los teatros de segundo orden de una corte: en los principales son indisculpables, y por nuestra parte no hemos de dejar de mencionarlos.

Pensábamos decir algo de *Un voto y una venganza*, estrenada en el Instituto, pero no hemos tenido ocasion de asistir á este teatro.

El Circo de Pombo sigue explotando el baile *Los cinco sentidos*; poca actividad se nota en la direccion de este teatro, y es fácil que la falta de novedades comprometa el porvenir de la empresa; ya estos dias han circulado rumores de otro amago de próxima disolucion cuya certeza no será extraña. Lo mismo, poco mas ó menos, puede decirse del Circo de la calle del Barquillo, mientras Mr. Paul no presente algunas novedades verdaderamente tales para el público de Madrid, con el cual tiene deudas innegables de gratitud, no es de creer que logre grandes ventajas en su especulacion.